

## CARTA PASTORAL NÚMERO 26

- La obra de la redención humana es realizada por la santísima Trinidad. El Padre eterno nos creó, el Hijo nos redimió y el Espíritu Santo nos santifica. Nuestro Señor Jesucristo fundó una Iglesia que es santa, católica y apostólica. El día de la Ascensión, ordenó a los apóstoles que bautizaran en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y que les enseñaran a los hombres de todas las épocas y lugares lo que Él les enseñó: la verdad.
- En esta pastoral, monseñor Builes nos recuerda que Cristo es todo y, si no estamos adheridos a Él, perderemos el tiempo y correremos el peligro de extraviarnos del verdadero camino de la salvación.

2 de febrero de 1941

### CRISTO ES TODO

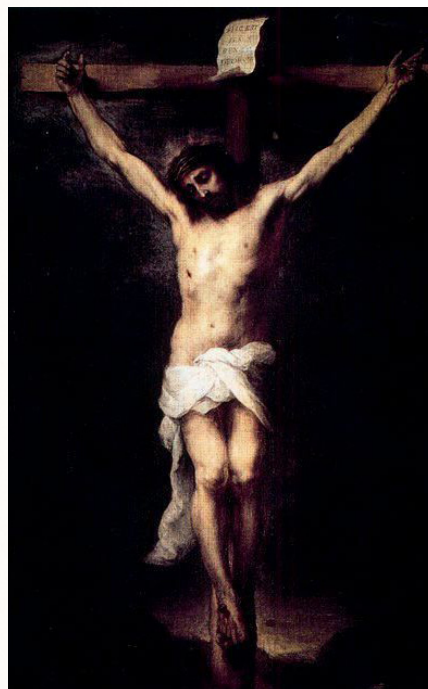
OMNIA CHRISTUS

Monseñor Miguel Ángel Builes

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, obispo de Santa Rosa de Osos, al venerable clero y a los fieles de nuestra Diócesis, salud y bendición en nuestro señor Jesucristo.

Se queja nuestro Señor de sus hijos, con infinita amargura, porque le han dejado a Él, que es fuente de aguas vivas. Los pueblos se alejan de Cristo y en revuelto torbellino van, desesperados, en busca del placer tras la triple concupiscencia de los ojos, de la carne y de la soberbia de la vida. Viene a los suyos y los suyos no le reciben; enseña la verdad y le rechazan; declara que el Evangelio que predica es la misiva de su Padre celestial y le quieren arrojar por un abismo; hace milagros para probar la divinidad de su misión y en pago urden contra Él la muerte. "Os he mostrado muchas obras buenas de parte del Padre. ¿Por cuál de esas obras queréis apedrearme? (Juan 10, 32). Surge rabiosa la envidia y alcanzan la sentencia de muerte contra el Justo y claman contra Él en la plaza de Jerusalén: "No queremos que ese reine sobre nosotros" (Lucas 19, 14). Sin embargo, había venido a salvar a su pueblo.

Han pasado ya veinte siglos después del drama sangriento de la cruz, y Jesús prosigue siendo rechazado, prosigue siendo signo de contradicción y la ocasión de ruina y de resurrección para muchos en Israel, como lo había anunciado el santo anciano Simeón. Y esto, a pesar de ser Cristo "todo en todas las cosas"; a pesar de ser el Rey y el centro de todos los corazones; a pesar de ser el centro de la historia; a pesar de ser el misterio de los siglos.





## I

### **Cristo, centro de la creación, es "todo en todas las cosas"**

Sí; Cristo es el alfa y el omega; es el principio y el fin. Es la imagen del Padre, la figura de su sustancia, la sabiduría increada. Su humanidad santísima es el lazo de unión entre la naturaleza divina y el universo creado. Su persona divina transforma y eleva la naturaleza creada: Cristo es, pues, el centro de la creación.

Por Cristo, primogénito de toda creatura, fueron hechas todas las cosas; *per quem omnia facta sunt*. Si brillan en el cielo las estrellas, si los mares encrespados rugen, si se cubren de estepas ilimitadas, si las aves en bandadas van cantando los luminosos amaneceres, si la creación entera palpita en movimiento de fuerza y de vida, lo hace en derredor de la persona adorable del Verbo, que se abatió hasta lo creado para elevar lo creado hasta lo divino. Cristo es el centro de la creación.

Y es la luz de las inteligencias. Él predicó la verdad; esa verdad que el Padre comunicó en el Edén y cuyos ecos se habían apagado en el transcurso de cuarenta siglos. Todas las naciones de la tierra yacían en la noche del error. Satanás, padre de la mentira y de todos los errores y noche tenebrosa él mismo, reinaba en todas las inteligencias. Pero apareció la estrella de los magos y el anciano sacerdote Simeón, teniendo al fin entre sus manos al Verbo hecho carne, el día de la Presentación, exclamó transportado: *Lumen ad revelationem gentium* ("Luz para iluminar a las gentes" [Lucas 2, 32]). Esta es la luz que va a iluminar a las naciones y la gloria del pueblo de Israel. El error caerá de su trono; las tinieblas de la ignorancia se disiparán; los vicios horrendos, consecuencia del error, se derrocarán con sus templos y sus falsas divinidades.



Y se cumplieron también aquellas palabras proféticas del gran Zacarías: "Harán que nos visite una Luz de lo alto, a fin de iluminar a los que habitan en tinieblas y sombras de muerte, y de guiar nuestros pasos por el camino de la paz" (Lucas 1, 78-79). San Mateo, por su parte, exclama: "El pueblo que habitaba en tinieblas ha visto una gran luz; a los que habitaban en paraje de sombras de muerte una luz les ha amanecido" (Mateo 4, 16).

Y su verdad disipó las tinieblas porque Él era la luz. Desde la cruz atrajo a sí todas las miradas y todas las inteligencias y todos los corazones. Cesó la obscura noche y amaneció con claridades eternas en el mundo el día luminoso de su restauración. Las inteligencias más esclarecidas y los hombres más sabios se han rendido ante la sabiduría insondable, abismal, infinita, del Maestro de toda verdad, Cristo Jesús.

El infierno, es verdad, se ha encrespado rugiente y feroz. Los cismas, las herejías, las sectas, el engaño, la violencia y hasta los poderes públicos se han lanzado contra la verdad



enseñada por Cristo; pero esta, enhiesta como un faro azotado por las olas enfurecidas, permanece inmovible siempre iluminando. *Et veritas Domini manet in aeternum* (cf. Salmo 117, 2). Y como un sol sin ocaso, Jesús sigue iluminando.

Y esta divina iluminación no se queda en las cosas del orden sobrenatural y en lo que se refiere al dogma y a la moral, sino que envuelve en sus divinos resplandores a las ciencias naturales y a las leyes que las rigen, sujetas al que es la Luz del mundo, Jesús, verdad eterna, causa primera de todos los seres. El racionalismo y el modernismo, con su falsa ciencia, pretenden alejarse de Cristo prescindiendo de Él; mas la ciencia completa, la ciencia verdadera que, como enseña Bossuet, se apoya en las causas y las busca hasta encontrarlas, va hacia Cristo y se alimenta de Él y se confunde en Él, que es la verdad por esencia, de donde brotan todas las verdades como los rayos del sol parten de su foco indeficiente.

## II

### Jesús es centro de la historia

Así lo expresa san Pablo cuando dice: "Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos" (Hebreos 13, 8). Pendiente de la cruz, semeja un astro que ilumina hacia atrás los siglos que le precedieron, abarca con su esplendor el instante presente y arroja sus rayos prepotentes a los siglos por venir: Jesús, en la montaña del Calvario, es el centro de la historia.

Cuando Dios pensó crear el mundo fijó sus ojos en su Verbo. "Yahvé me creó, primicia de su actividad, antes de sus obras antiguas" (Proverbios 8, 22). Cuando, temblando de pavor, Adán y Eva oían la fatal sentencia, el Padre celestial hizo brillar allá a lo lejos un rayo de divinas esperanzas, prometiéndoles y mostrándoles el reparador de su caída. Los siglos fueron preparando los caminos del Señor; los patriarcas y profetas cantaron con dulces acentos, y, en estrofas saturadas de tristes nostalgia, suspiraron por la hora feliz en que llegaría el Redentor. Era que veían, como Isaías, sobre la rocosa montaña del Gólgota, la silueta del Hombre Dios vestido con el rojo de su sangre, iluminado por los postreros resplandores del sol que se hundía cubriendo su ígnea faz entre las nubes pardas, porque no quería ver morir a su Hacedor. Jesús muere crucificado, pero resucita glorioso para nunca más morir.



Roma, dominadora del mundo, sirvió de morada al Vicario de Cristo y cabeza del cristiano imperio que es la Iglesia, y empezó el Nuevo Testamento a colmarse de Cristo ya venido, como de Cristo esperado se había llenado el Antiguo.

Alzáronse contra Cristo los emperadores romanos, y entonces millones de cristianos rubricaron con su sangre un nombre sobre todo nombre: Cristo Jesús. Y, cosa admirable, en las mismas cortes romanas había adoradores de Jesús. El sonido de la voz de los apóstoles y de sus sucesores se oyó en toda la tierra, y



del septentrión al mediodía y del oriente hasta el ocaso fue grande y esclarecido su nombre. Muchedumbres sin número doblaron ante Él la rodilla. Los magnates, los políticos, los sabios, los artistas, los filósofos, los poetas glorificaron su nombre. En casi todas las ciudades del mundo se levantan hoy, y desde hace ya siglos, las grandes catedrales con sus gigantescas cúpulas. Ellas dicen a los cielos y a la tierra que allí, entre sus muros, está Cristo. Todos los pueblos se ocupan de Jesús y todos los hombres le dedican los latidos de su corazón; estos laten de amor y de ternura; aquellos se estremecen de odio y rechinan los dientes de furor. Es Jesús el que provoca ese amor y ese odio. Ejércitos incontables de sabios y de ricos, de esclarecidas matronas y de vírgenes purísimas, de niños inocentes y de arrepentidos pecadores van tras Él, enamorados, amándolo y sirviéndole y haciendo que otros le amen y le sirvan. Jesús es el centro de la historia.

Mañana, todos los hombres se congregarán ante Él en el valle de Josafat; observarán con una última mirada al Juez; se hundirán los unos a maldecirle eternamente en los abismos infernales y subirán los otros a cantar sus glorias y a contemplarle en los siglos de los siglos. Por aquí se ve que Jesús es también el centro de la historia.

### III

#### Rey y centro de todos los corazones

Nos relata san Juan en el primer capítulo de su Evangelio, que por el Verbo eterno se hizo todo (cf. Juan 1, 3). La augusta Trinidad tomó como arquetipo el Corazón del Verbo al formar el corazón del hombre. Y al crearlo le comunicó esas facultades emocionales y esa sed de amor y esas aspiraciones infinitas que el Verbo había de experimentar cuando su Padre le adaptara un cuerpo.

Según san Pablo, Jesús es la cabeza de ese mismo cuerpo místico que se llama la humanidad. Si la cabeza es el centro de donde parte la vida de los miembros, Jesús es el centro de toda la humanidad. Y como cada latido del corazón repercute al instante mismo en todos los miembros, aun los más lejanos del mismo corazón, Jesús, palpitante de amor, palpita sin cesar en todos sus miembros, en todos los corazones. Por eso, Jesús es el centro de todos los corazones. "Así el Corazón de Cristo y el corazón del hombre se convirtieron como en dos cuerdas de un arpa, armoniosamente concertadas para vibrar a la vez"<sup>29</sup>.

Oh amor inexplicable de Cristo que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres (cf. Proverbios 8, 31) y llama a los que están cargados de penas para aliviarlos. Ternura inefable que reclama a la vez los corazones, con aquella frase escrituraria, conmovedora: "Hijo mío, confía en mí" (Proverbios 23, 26).



29 Schryvers. *El amigo divino*, p. 173.



Dadme el hombre más perverso: en el fondo de su alma siente una tendencia invencible hacia el Corazón de Dios, por más que proteste desconocer y aun odiar a ese mismo Dios que le formó con sus divinas manos. Las relaciones entre Creador y creatura no las puede destruir el hombre por más que se aleje de Dios, por más que le odie y le blasfeme. Esa hambre y sed de amor que experimenta sin poder saciarse; esas ansias de amor infinito, jamás calmadas, han hecho comprender a muchos incrédulos y despreocupados que solo en Jesús se puede hallar hartura cumplida y gozo perdurable, y se han vuelto, como la aguja de hierro hacia el imán, en busca del Corazón de Cristo. Jesús es el rey de los corazones y solo los que se obstinan en no buscarlo se quedan a la vera del camino o enredados en los zarzales de sus pasiones, insaciados, anhelantes, perdidas sus ilusiones, rotos sus ideales, frustradas sus esperanzas y sumidos, en fin, en la desgracia, porque no quisieron amar al Amor, porque no se dejaron atraer por el que dijo: "Y cuando yo sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Juan 12, 32).

#### IV

#### **Jesús, misterio de los siglos**

Jesús palpita en la creación material y, al ritmo acelerado de su divino corazón, palpitan todos los corazones de los hombres, y de su lumbrera soberana beben todos los espíritus. Las sociedades se agitan, se estremecen, se derrumban y no están acordes con las leyes de este Jesús, Maestro divino, misterio de los siglos. ¿Por qué la historia del mundo, en sus seis mil años de atormentada existencia, y la historia conmovedora de los espíritus angélicos y la historia misma de la divinísima y augustísima Trinidad miran a Cristo? Tú conmueves hasta las últimas profundidades de mi alma, Cristo Jesús, cuando pienso que eres, en efecto, el misterio de los siglos, y, déjame que te lo diga, ¡el misterio de la eternidad! En la mente de tu eterno Padre estuviste en los siglos eternos. Desde la anchurosa eternidad fuiste ordenado mucho antes de que los mundos fueran; de la boca del Altísimo saliste un día; como astro de luz, cruzaste los espacios para bajar al mundo y redimirlo; bañaste con tu sangre el mundo de las almas; fundaste tu reino que es la Iglesia y, desde el trono de amor que es tu sagrario, llamas a los hombres para hacerlos tuyos y darles la dicha por que ansían. ¿Qué significa todo esto, oh Cristo, Hijo de Dios? ¿Quién podrá entrar en los designios de tu existencia y de tus obras como hombre Dios? ¡Oh! Abrumados, oprimidos por tu inmensa majestad, pero atraídos por el poder irresistible de tus bondades y tu amor, tendremos que exclamar: ¡Oh Jesús!, tus obras, y tu vida y Tú mismo, oh Cristo, eres un misterio: el misterio insondable de los siglos.

#### V

#### **Cristo, rechazado por el mundo**

Y a este Jesús es al que rechaza el mundo actual. Le rechaza la vieja Europa y los pueblos del Lejano Oriente, con todas sus colonias, le rechazan también. La masonería, en las democracias enloquecidas, rechaza a Cristo; el judaísmo, en su ansia loca de riquezas y en su odio al cristianismo, rechaza a Cristo; el racismo moderno, al divinizar la sangre y la raza, rechaza a Cristo; la joven América, esperanza de mejores días para el reinado del amor divino, rechaza a Cristo; Colombia, esta querida Colombia, en sus gobiernos, en sus leyes, en sus instituciones, en sus costumbres, va desalojando también a Cristo. ¡Oh dolor! ¡Y Cristo, ocultando entre sus manos su rostro divino, nublado por el dolor, Cristo, ahogando sus lágrimas y su tristeza, tendrá al fin que partir, porque Colombia, su hija mimada, lo rechaza también!



## VI

### **Cristo rechazado actualmente en todo el mundo por tres clases de contradictores**

“Los contradictores actuales de Cristo –dice un célebre comentarista– son semejantes a los de los siglos pasados, tienen los mismos rostros, las mismas pasiones, el mismo furor, las mismas armas”.

Están en primer lugar los hombres de Estado, príncipes, reyes, políticos. Embriagados con su poder, no perdonan a Cristo el proclamar su autoridad enfrente de la de ellos, pues saben que esta autoridad es la más segura garantía de los pueblos, la oposición más eficaz contra la arbitrariedad de los poderes y la tiranía de los grandes. He aquí por qué atacan a Cristo, he aquí por qué se esfuerzan en inspirar a los pueblos el odio de Dios y en establecer su autoridad, sobre las ruinas de la libertad católica. ¡Oh Cristo, gritan, retírate, Tú nos estorbas! Y Cristo no se inmuta; espera tranquilo, para enterrar a sus perseguidores; los está enterrando hace veinte siglos y los sigue enterrando aún todos los días.

Contradictores de Cristo son, en segundo lugar, todos aquellos que aspiran a la dominación de los espíritus y a la dirección intelectual de la humanidad: falsos sabios, filósofos orgullosos, literatos extraviados. Hinchados con su vana sabiduría, no perdonan a Jesús el haberles hecho pedazos en sus propias manos el cetro de las ideas y haberles flagelado sus espaldas soberbias sin más miramiento para ellos que para los mercaderes de la sinagoga o los vendedores del templo. He aquí por qué atacan a Cristo. Lo hacen, a veces, con brutalidad, más a menudo con ingenio, con gracia, con elegancia. Le arrancan de su frente la aureola divina, dejándole la corona de reformador de pueblos; colocan la caña del genio en sus manos, después de haberlas atado con aristocracia; sobre sus carnes destrozadas arrojan ingeniosamente el manto de púrpura de una realeza humana y, después de haberlo disfrazado de esta manera, lo presentan al pueblo diciendo como Pilatos: “He aquí al hombre”. Este no es más que un hombre; no es el Dios venido para regenerar la humanidad.

¿No es verdad que estos también parecen decir: ¡Oh Cristo, retírate, Tú nos estorbas!? Y Cristo no se inmuta... Espera tranquilo en la majestad de su impotencia, en el esplendor de su debilidad, en el brillo de su impopularidad; espera tranquilo para confundir a los sabios de este mundo; los está confundiendo hace veinte siglos y los sigue confundiendo aún todos los días.

Por fin, los contradictores de Cristo son los hombres de astucia y de violencia, los hombres de dinero y de placer, los ociosos y los dados a satisfacciones materiales. Llevados por la violencia de sus pasiones, no perdonan a Cristo el haberles flagelado sus vicios e impuesto a la naturaleza humana renunciamientos que ellos no quieren abrazar ni tienen el valor de aceptar. Las exigencias evangélicas les causan pavor.





He aquí por qué atacan a Cristo y, cuando Él se les manifiesta en el reino de su santidad sin mancha, gritan: ¡Oh Cristo, retírate, Tú nos estorbas! Y Cristo no se inmuta. Aguarda tranquilo para llenar el mundo con el esplendor de sus virtudes, con la magnificencia de su acción. Aguarda tranquilo para convertir a los pecadores, los está convirtiendo hace veinte siglos y los sigue convirtiendo aún todos los días<sup>30</sup>.

Estas tres clases de contradictores son los que han atraído sobre la vieja Europa la tormenta sin precedentes que en estos precisos momentos la azota sin piedad. Primero, el soviet, en las estepas rusas, bañó en sangre de sus hijos, eclesiásticos, religiosos y civiles, la extensa y populosa nación; contradictores de Cristo, los sin Dios, tuvieron que admitir que ese Dios sí existe y que con los castigos infligidos escribió en las carnes flageladas de los negadores: ¡Existo!

España después, por los contradictores de Cristo, hombres de Estado y políticos extraviados, literatos y filósofos envenenados por los errores marxistas, almas deshechas en la sentina de los más degradantes vicios, blasfemos atrevidos, furibundos odiadores de la divinidad experimentaron a su vez en las carnes maternas de su propia patria los golpes brutales que ellos mismos le asestaron con los horrendos asesinatos de obispos, sacerdotes y vírgenes consagradas a Dios y de innumerable porción de civiles, sus conciudadanos; con la destrucción de los templos y casas religiosas; con la profanación de las santas imágenes, los vasos y ornamentos sagrados, todo al fulgor siniestro de los fusiles y de las bombas que estallaban, y entre las densas humaredas de todas las riquezas artísticas acumuladas en largos siglos, convertidas en cenizas en aquellos días de vértigo y de sangre. ¡Efectos del rechazo de Cristo!

En estos precisos días, Europa entera es una inmensa pira de odios y de pólvora inflamada. Caen como castillos de naipes las viejas naciones; la grande y nobilísima Francia, la tierra de los santos y de las más esclarecidas inteligencias, se derrumba con estruendo en menos de un mes, sabe Dios hasta cuándo. Su gran mariscal Petain ha declarado al mundo estupefacto el porqué de tal desastre: porque Francia se olvidó de Dios y, rechazando a Cristo, había permitido que prevalecieran los perversos, quienes, olvidados de los divinos preceptos, habían corrompido sus caminos entregándose al placer, y porque, a causa de los pecados contra la naturaleza, Francia se encontró sin hijos que defendieran sus fronteras. ¿Y a qué extremos llegará esta horrenda conflagración? Solo ese Dios, rechazado por los pueblos que sienten en sus espaldas la vara del castigo, solo ese Cristo despreciado lo sabe, aunque lo oculte en los arcanos misteriosos de sus providenciales designios.

## VII

### **Cristo, rechazado en nuestra patria**

Quinientos años hace que, en alas del amor, Jesús voló a Colombia, porción escogida del continente americano, se abrazó con ella y la colmó de caricias y de gracias, y ella, agradecida, recibió el abrazo divino y, sobre las cumbres de sus andinas montañas y en las playas calcinadas de sus ríos y en las costas de sus mares, plantó la cruz redentora, dobló ante ella sus rodillas,

---

<sup>30/</sup> Magaud, P. *Les Evangiles du dimanche (Domingo de la octava de Navidad)*.



juntó las manos sobre el pecho y juró fidelidad a Cristo. Pero hoy, ¡oh dolor!, hoy se va alejando Colombia de su Dios, reniega de su fe y, volviendo la espalda al Cristo amoroso que la había criado y alimentado sus pechos, abre sus brazos a la masonería y al comunismo, azote de la humanidad en esta época menguada y turbulenta.

Sí, Colombia, con sus hombres de Estado y sus políticos antirreligiosos, con sus pseudosabios y sus literatos extraviados, con los viciosos y corrompidos que la infestan, rechaza a Cristo.

Hace pocos días, precisamente cuando las naciones europeas suprimían la masonería por su base, por ser el peor enemigo de Dios y de la patria, nuestro Gobierno le daba personaría en la Nación. Y ya sabemos que la masonería se alimenta del odio a Cristo.

Cuando España, nuestra Madre Patria, en titánico esfuerzo y sangrienta lucha subyuga el comunismo y lo elimina, Colombia, con su "Revolución en marcha", prepara el camino del soviét para la destrucción de la religión y la ruina de la Patria; cuando Chile, al ver en peligro su nacionalidad, amenazada por el monstruo moscovita, sacude su yugo y decreta su eliminación a mediados del mes de enero último, Colombia, ciega, permite la organización del comunismo, autoriza y auxilia congresos y convenciones comunistas y ve impasible que para este mismo año se planeen un congreso comunista en Bogotá y asambleas en otras ciudades. Está criando cuervos y ellos le sacarán los ojos.

## VIII

### **Colombia rechaza a Cristo en la educación**

Su ministro es en la actualidad un masón, ensalzado por las logias y estimulado por ellas cuando se posesionó de su cartera. Y lucha desafortunadamente por centralizar la enseñanza para poder corromper más fácilmente en su integridad a la niñez y juventud colombiana.

Cuatro judíos arrojados de Europa como detritos peligrosos son los consejeros de la Comisión Técnica de Educación Nacional.

Los hermanos de las Escuelas Cristianas fueron expulsados del Instituto Técnico Central y de la Normal de Varones de Bogotá, lo mismo que de las escuelas gratuitas de Medellín y de otras poblaciones de Antioquia.

El Instituto Pedro Justo Berrío, donde los niños y jóvenes pobres aprendían, con el conocimiento de la religión, algún arte u oficio, fue privado de sus maquinarias.

La Normal de Varones de Medellín fue teatro de las más horrendas blasfemias y del apedazamiento, brutal y sacrílego y la sepultura ignominiosa del santo crucifijo.

La Normal de Señoritas, bajo la dirección de una marxista barcelonesa, se convirtió en un foco de irreligiosidad volteriana y de comunismo rabioso.

Los jesuitas fueron despojados del secular edificio de San Bartolomé de Bogotá, contra el plebiscito de ocho millones de colombianos, y expulsados del Colegio de San Pedro Claver, de Bucaramanga.



Los padres dominicanos fueron despojados, a su vez, del Colegio de Jesús, María y José, de Chiquinquirá, de su propiedad indiscutible.

Los padres del Corazón de María fueron expulsados del Colegio de San Luis Gonzaga, de Zipaquirá. Sacerdotes seculares fueron arrojados del Colegio de Boyacá, por ellos regentado.

¿Quién podrá medir los males causados en los maestros y en los alumnos de toda la nación con la "cultura aldeana", por medio de libros perversos bajo todos los aspectos y de cuadros murales deshonestos y antiestéticos?

¿Y quién me dirá las consecuencias fatales de la educación racionalista, del sinnúmero de maestros sin fe que están al frente de escuelas y colegios? Y la corrupción de la niñez y de la juventud, ¿quién podrá calcularla, si al frente de los establecimientos de educación hay tantos maestros y maestras corrompidos hasta la médula de los huesos?

Tres quintas columnas están socavando la nacionalidad al desquiciar el espíritu católico del pueblo: la masonería, el bolcheviquismo y el protestantismo.

La masonería organiza febrilmente la revolución, valiéndose de todos los medios y, como de instrumento principal, de los sindicatos comunistas; el protestantismo, por su parte, obscurece la idea de patria y debilita los resortes de ese nobilísimo sentimiento, preparando así una generación de esclavos, materia apta para la dominación imperialista.

Las logias propalan que los sacerdotes, al defender los principios cristianos, hacen política; que ya no se necesita la religión; que el todo es conseguir dinero y gozar de la vida. Y ya el pueblo se va envenenando. ¡Odio al clero! clama la masonería, y lo está consiguiendo.

Pero sobre todo en la propagación de la enseñanza laica no cesa un punto; antes bien, empuja con esfuerzo diabólico. Ahí están las excursiones, los deportes y los baños mixtos con trajes que van reduciéndose a la última expresión. Quitemos el pudor de la mujer desde la pubertad, dicen, y está ganado el combate; hagamos de las doncellas marimachos y, vestidas de veste viril, llevémoslas a todos los torneos olímpicos; en poco tiempo serán nuestras, y con ellas, vehículos apropiados de desvergüenza y corrupción. ¡Y qué no han logrado con la aquiescencia de los padres de familia y de los buenos bajo los demás aspectos!

Las reuniones sociales, por labor netamente masónica, se han convertido en sentinas de inmoralidad y focos de corrupción.

Francamente, Colombia rechaza a Cristo. Ahí está la Constitución del treinta y seis; las disposiciones legales que exceptúan de entre los delitos públicos el adulterio y el concubinato; la impunidad, que se pasea triunfadora por casi todas las plazas y oficinas de la patria; los asesinatos, que son el pan de cada día, y los robos, hasta sacrílegos, que se repiten sin cesar y se multiplican hasta lo infinito; la embriaguez, que cobra de continuo nuevos bríos y causa más y más desastres en los individuos, las familias y la sociedad; la irreligiosidad, en fin, el olvido de Dios y el desprecio de sus leyes, que presagian los castigos que en breve caerán sobre Colombia porque se olvidó de Dios.



## IX Remedios

¿Y qué remedios habrá para tan espantosos males? Volver a Cristo como individuos y como nación.

El Pontífice reinante, cuyo escudo ostenta la blanca paloma de la paz, no ha cesado de clamar, llamando a las naciones hacia Cristo, para que cese el vértigo de odio y de destrucción que asuela ya a dos continentes y amenaza arruinarlo todo en el mundo. Pero su voz se pierde, como la del Bautista, en las oquedades del desierto. *Instaurare omnia in Christo*, han clamado los pontífices anteriores y, para lograr esta instauración, han trabajado con todas sus fuerzas aunque inútilmente. Sin embargo, sin Cristo no hay esperanzas de restauración ni de paz.

¡Pensad en Cristo, amados hijos nuestros! Volved a Cristo vuestros ojos y extended hacia Él vuestros brazos suplicantes. Sobre Colombia, más que sobre ningún otro pueblo suramericano, se ciernen amenazantes los nubarrones tempestuosos de la revolución judío-masónica-comunista. "Señor Jesús –digámosle con fe–, sálvanos que perecemos". Esgrimamos el arma omnipotente de la oración, que no pueden esgrimir nuestros enemigos: es el arma secreta e invencible que ellos no conocen. Oremos con fe y confianza. Este año será de agitación política y de sus resultados sobrevendrán grandes bienes o grandes males para la religión, para la patria y para la sociedad. Pidámosle que cesen tantos odios y que no corran más torrentes de sangre colombiana y que no brillen ya más los puñales asesinos. Roguémosle, con fervor y con acentos de ardorosa piedad, que detenga a sus enemigos, quienes, prevalidos de sus altos puestos y de las investiduras del poder, por las leyes anticristianas que han ido expidiendo, por la corrupción y criminalidad que fomentan y permiten a causa de la impunidad reinante y por la perversión de las ideas que ha torcido la cristiana mentalidad de nuestro pueblo, están socavando el edificio de nuestras cristianas instituciones.

Invoquémosle con aquellas súplicas de las letanías Mayores: "Que te dignes humillar a los enemigos de la Iglesia. Te rogamos, óyenos".

La presente pastoral será leída en dos o más domingos consecutivos a la hora de las misas de precepto en todas las iglesias y capillas de nuestra Diócesis.

Dada en Santa Rosa de Osos, firmada por nos, sellada con nuestro sello mayor y refrendada por nuestro secretario, el 2 de febrero de 1941, día de Nuestra Señora de la Candelaria.

+ Miguel Ángel Builes  
Obispo de Santa Rosa de Osos